

Las damas del laboratorio. Mujeres científicas en la Historia

María José Casado Ruiz

Debate. Barcelona, 2006

Francisco GARCÍA OLMEDO | Publicado el 25/01/2007

Hace apenas seis meses, Lawrence Summers, presidente de la Universidad de Harvard, hubo de renunciar a su puesto por sugerir que muchos factores, aparte de los sociales, podrían explicar por qué más hombres que mujeres ocupan puestos relevantes en los ámbitos de la ciencia y la ingeniería. Entre dichos factores, apeló en concreto a diferencias innatas en la habilidad o la preferencia para ese tipo de puestos. Estos comentarios, que fueron hechos en un contexto privado, dieron lugar a una feroz controversia al hacerse públicos y a una drástica división entre los miembros de los órganos colegiados de la mencionada universidad.

El influyente psicólogo Steven Pinker salió en defensa de la libertad de opinión y llegó a afirmar que existen suficientes indicios a favor de la hipótesis como para ser tomada en consideración. No cabe duda de que la hipótesis va a contraviento y es políticamente incorrecta, pero desde el punto de vista estrictamente científico, habrá que esperar al menos un siglo para poder someter al rigor de la prueba esta hipótesis o su contraria, ya que todavía no se han levantado del todo las barreras que han venido impidiendo el acceso de la mujer a la creación y la investigación científica y técnica. Dichas barreras se empezaron a levantar después del primer tercio del pasado siglo. Así por ejemplo, Barbara McClintock (1902-1992; premio Nobel de Medicina en solitario a los 81 años) nunca fue admitida en el departamento de Genética de la Universidad de Cornell (Estados Unidos), sino en el de Economía Doméstica, fuera de cuyo ámbito no se nombró profesora a mujer alguna hasta 1947, a pesar de que dicha universidad había sido fundada para abrir la enseñanza superior a las mujeres.

En el libro de María José Casado Ruiz se resumen las biografías de diez mujeres singulares que a lo largo de la historia lograron vencer las enormes dificultades para acercarse a la Ciencia. Aunque la autora se refiere a ellas como “las damas del laboratorio”, o como “mujeres científicas”, sólo la mitad de ellas hicieron realmente aportaciones primarias a la ciencia y apenas tres -Marie Curie, Lise Meitner y Rosalind Franklin- lo hicieron desde un laboratorio. Esta precisión no hace menos deslumbrantes a figuras como Hipatia de Alejandría, émilie de Breteuil, Mary Somerville o Ada Byron, que asumieron la tradición científica y desempeñaron brillantes papeles en su transmisión y difusión. La inclusión de la española María Andrea Casamayor (¿?-1780), con su “Tirocinio aritmético. Instrucción de las cuatro reglas llanas que saca a la luz Casandro Mamés de la Marca y Araioa”, no está justificada en absoluto, salvo por el hecho significativo de que un simple libro elemental tuviera que publicarlo bajo un anagrama masculino. En cambio, las contribuciones científicas de Sonia Kovalevskaya, Marie Curie, Lise Meitner, Rosalind Franklin y Mary Douglas Leakey constituyen verdaderos hitos científicos.

La reciente incorporación de la mujer a las tareas científicas está siendo masiva y dentro de un tiempo veremos si su aportación colectiva puede ser igual o superior a la del hombre.